

SEBBAG, Georges, *Breton y el cine*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2019, 108 págs.

IVÁN ESCOBAR FERNÁNDEZ
Universidad Carlos III de Madrid

Casualmente o por caprichos del destino, el cinematógrafo y André Breton se llevaban poco más de un año de diferencia, siendo patentado el primero el 13 de febrero de 1895 y habiendo nacido el segundo el 18 de febrero de 1896. Así pues, tanto artilugio como artista compartirían infancia, patria y contexto, bastante convulso por aquel entonces, en el desarrollo y asentamiento de lo que en un inminente futuro sería hartamente considerado como el Séptimo Arte. No fueron pocos aquellos que quedaron fascinados desde un primer momento por las posibilidades que el cinematógrafo traía consigo, pese al escepticismo inicial de, incluso, sus propios inventores, los hermanos Lumière, quienes no encontraban en el aparato más que un simple y fugaz engañabobos y entretenimiento barato para ganarse unos cuantos francos de más. No obstante, los surrealistas, concretamente André Breton, vieron en el cinematógrafo cierto parentesco con la búsqueda de la duración automática, sumado a un incipiente y progresivo embelesamiento por las por-

tentosas capacidades expresivas que el Cine había comenzado a explorar de la mano de cineastas de la talla de Georges Méliès, Louis Feuillade o el mismo Murnau.

Georges Sebbag, ahondando en la ingente cantidad de epístolas y confesiones realizadas por Breton, esboza, a lo largo de su estudio, un perfil del surrealista francés que bien podría tacharse de cinéfilo. Basado en las conversaciones que el propio Breton mantuvo, Sebbag analiza la creciente seducción experimentada por el surrealista a medida que el cinematógrafo se iba implantando en la cultura colectiva, desde su particular asombro por obras como «Les vampires», hasta su ensimismamiento por las actrices y la oscuridad del espacio del cine. También, expone detalladamente la curiosa afición de Breton por irrumpir en la sala durante la proyección, sin importar un ápice la misma, y salirse al más mínimo indicio de aburrimiento, evocando así la futura escritura automática, tan característica del propio André Breton y el surrealismo. De este modo, alejado

de tecnicismos y complejidades, Georges Sebbag nos acompaña en una travesía dividida en nueve capítulos y un preámbulo, por el cual revivimos su continuado enamoramiento por la nueva expresión artística y su inevitable salpicadura en la vanguardia surrealista.

Georges Sebbag inicia su estudio de la figura de Breton durante su labor como enfermero en París durante la Primera Guerra Mundial, centrándose primeramente en sus coqueteos con el Cine, evidenciando así su fascinación y su rápido y prematuro reparo de este como mitología moderna. Allí, el trío Aragon-Breton-Vaché, completamente encandilados por una desenfrenada cinefilia, comenzarán, como bien expone Sebbag, su bien llamado zapping, sentando así las bases de la escritura automática tan propia del surrealismo e influyendo en la definición de la vanguardia realizada por Breton en 1924. Además, Georges Sebbag se sirve sutilmente de esta práctica para trazar un símil entre el zapping y el proceso de abducción, tan importante en el surrealismo. De esta forma, sumado a su interés por ciertos elementos técnicos en la dilatación del tiempo y la imagen, siendo el primordial el ralenti, Sebbag termina por pulir su escultura cinéfila de Breton,

dejando un perfil psicológico completamente translúcido para que el lector menos versado pueda crearse mentalmente una imagen de lo que en su tiempo fue aquel acontecimiento.

Dicha imagen será esencial para comprender no solo su obra «Nadja», considerada por Sebbag como “una película que desfila ante nuestra mirada, un montaje de duraciones automáticas y de imágenes-duraciones, un guion que, como debe ser, baraja con soltura las temporalidades deslabonadas de planos y secuencias” (p. 57), sino para abordar también otros filmes emergidos directamente del surrealismo. Así pues, todo aquel cinéfilo actual que llegue a este ensayo disfrutará, a su vez, de los capítulos venideros donde estudia profundamente la convulsa relación Breton-Buñuel y su clásico cinematográfico inmediato «La edad de oro». Por último, para concluir, Georges Sebbag ahonda brevemente en el fenómeno animado dentro del cine y su capacidad para la dilatación y contracción del tiempo-imagen, momento en el que Breton encontrará el clímax del cine en una fusión armoniosa entre el onirismo y el humor, influenciando notablemente la obra del surrealista francés, como por ejemplo en «Fata Morgana».



Así pues, sin más pretensiones que las necesarias, Georges Sebbag nos regala un cuidado estudio sobre la relación entre Breton y el Cine, transcurriendo cronológicamente y permitiendo al lector una profunda e inmediata comprensión del impacto que tuvo el segundo sobre el primero y viceversa, como bien demuestran inmortales filmes bajo los títulos de «Un Chien Andalou» o «La edad de oro». De esta manera, queda latente para el lector una simbiótica

unión entre André Breton y el cinematógrafo, desarrollada grácilmente a través de la evolución psicológica y la fascinación del mismo André Breton, plasmada en su correspondencia epistolar. Así pues, *Breton y el cine* se alza elegantemente como una obra fundamental para todo aquel que quiera ahondar en las raíces de la vanguardia surrealista y, a su vez, padezca de una incipiente y desenfrenada cinefilia, tal y como la experimentó el propio André Breton.



